



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

IGNACIO TABUYO



¡Privilegiada garganta
la de nuestro compatriota!
Siempre que Tabuyo canta
vale un duro cada nota.

SUMARIO

TEMPO: A los lectores.—El reloj, por Manuel Matos.—Criadillas, por Juan Pérez Vázquez.—Diccionario teatral, por José Jackson Veyan.—Palique, por Clara.—A la elegante marquesa de..., por Fiacro Vázquez.—A..., cualquier cosa, por Simón Delgado.—La marea sebe, por Fernando Flores García.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Ignacio Tabuyo.—La lluvia.—Claro!, por Cilla.

A LOS LECTORES

Tenemos la inmensa satisfacción de anunciar que nuestro querido compañero D. Luis Taboada se halla, afortunadamente, fuera de peligro y ha entrado en la convalecencia, que ojalá sea rápida.

Probablemente desde el número próximo reaparecerá la sección *De todo un poco* firmada por su propietario.

No hay para qué decir cuánta alegría nos embarga en estos momentos.

LA REDACCIÓN.

EL RELOJ

¡Ya lo creo que cambian los tiempos!

¿Quién había de decir a nuestros padres, que cifraban su vanidad en llevar una saboneta de plata en el bolsillo, y a nuestros abuelos, que usaban los relojes a pares, que había de llegar día en que el reloj de bolsillo había de ser un estorbo inútil?

Pues ese día ha llegado.

Yo, que no soy joven, ni viejo, aunque más bien soy joven,

Deja que me alabe, que
tú también te has alabado.

He asistido a los progresos, apogeo y decadencia del reloj de bolsillo.

Sé por referencia que, como queda dicho, nuestros ilustres abuelos usaban dos relojes: nunca pude averiguar la utilidad de tal medida. Si un reloj adelanta ó atrasa, no parece cosa difícil el rectificar el minuto histórico en que uno vive.

El usar dos relojes parece que debía tener por objeto meter en cintura al que de los dos anduviera mal; pero en este caso no veo la conveniencia de llevar en los bolsillos un reloj de ideas avanzadas ó de ideas reaccionarias y otro reloj que fuera símbolo del poder moderador.

Tratándose de saber la hora, ¿no era inútil el uso del reloj discolo y suficiente el del reloj morigerado y sensato?

Pues si á uno de los relojes le daba por adelantar y al otro por atrasar, ¿me quieren ustedes decir qué Junta central del Censo no llevaría en el bolsillo cada persona?

Pero nuestros abuelos tenían muchas rarezas de niño y debemos respetarlas y... ¡allá ellos!

En los tiempos modernos, el reloj ha sido considerado como un talismán inapreciable.

Aún me acuerdo de que hace pocos años había sujeto que llevaba la hora como pudiera llevarse la llave del Arca de la Alianza.

Algunos vivían encadenados al reloj como si fuera el grillo de un presidio, y hasta noté en muchos el vicio de arrastrar algo el pie izquierdo para sobrellevar el peso de su alhaja.

Otros vivían agobiados bajo el peso de una cadena que salía del bolsillo del chaleco y entraba por un ojal del mismo, salía por otro ojal, volvía á repetir la operación, subía al cuello, daba dos vueltas á él, tornaba á bajar siguiendo la misma ruta y acababa en el bolsillo, uniéndose ambos extremos en la argolla del reloj, que á veces solía ser tan grande como la de quitar la vida.

¿Llevarían así seguro el reloj? Sí, tal; le llevaban, pero á costa de las fuerzas físicas del sujeto.

Hoy dicen algunos, al ver la frecuencia con que quitan relojes los rateros: ¡Hombré! ¡Antes no sucedía esto tan á menudo!

¡Naturalmente! Como que antes para robar el reloj era preciso robar también al que le llevaba, ó hacer el robo de noche y en despoblado para poder desencadenar al que robaban.

Hoy... ¡benditos sean los tiempos modernos! nos reímos de nuestros encadenados padres y de nuestros inocentes abuelos.

El reloj de bolsillo se ha abaratado hasta un punto inconcebible.

Los hay de tres pesetas en adelante, con garantía para dos años (garantía en cuanto á señalar la hora, no en cuanto á que el reloj esté seguro en el bolsillo, que no hay quien lo garantice, ¡ni falta!).

No hay relojes con música, como á principios del siglo, pero es porque ahora la música la dan por separado los organillos. Sobre que la música de un reloj no serviría hoy para que los chicos de la clase modesta bailaran habaneras en casas de confianza y con modistillas ídem ídem.

En cambio hay relojes que van hacia adelante, otros que van hacia atrás, otros que no van á ninguna parte; los hay sin manecillas que enseñan la hora á saltiros, por sorpresa; los hay que

tienen todo lo que un hombre necesita, hora, fecha, orto y ocaso del sol y de la luna, reducción de kilos á metros y viceversa, y los hay que señalan el cambio de tiempo y el cambio de ministerio.

Esta abundancia de sistemas y precios y clases y categorías nos ha conducido (como la perfección en las armas acabará con las guerras) al término apetecido en la materia.

Hoy lo *chic*, lo *peñut*, lo *crémair*, lo *big life*, lo *fin de siècle* es no llevar encima reloj alguno.

Antes había quien llevaba cadena sola para dar á entender que sí tenía reloj; hoy se ha suprimido la cadena para dar muestras, ó de despreocupación en la materia, ó de indiferencia hacia el reloj que se posee.

Antes no llevar reloj era señal de situación económica apurada; hoy es prueba de buen gusto.

Hasta hace poco los relojes cautivos que iban al Argel de las casas de empeño eran redimidos: hoy llevan un reloj á empeñar como llevan un hijo clandestino al torno de la Inclusa, para dejarle allí abandonado.

¡Ay! ¡Benditos sean estos tiempos en que el hombre se ha emancipado del reloj y ha sacudido su tiranía!

Mi último reloj me deja recuerdos poco gratos: ha muerto como correspondía al mal comportamiento que conmigo tuvo. Hace tiempo que le tiré por la ventana.

Oiganme ustedes y digan si hice bien.

El tal era de plata, de poca plata, pero de baja ley, es decir, que como alhaja valía un par de pesetas tiradas á la calle (que es donde fueron á parar); como reloj aún valía menos.

No me costó mucho porque le compré cuando el comercio comenzaba á inundarse de relojes, pero si tuviera reunido el dinero que me ha costado, podría hoy con él comprar una casa.

Era, en su clase, lo mismo que el Sr. Romero Robledo viene á ser en política: nunca supo señalar la hora con exactitud.

Le daba por atrasar unas veces y andaba como los cangrejos. Otras veces le daba por adelantar y parecía un caballo desbocado.

Le llevaba á casa del relojero, y mirándole éste con un telescopio, como si tratara de descubrir los habitantes de la luna, me decía gravemente:

—Lo que tiene es que está sucio.

—Pues límpiele usted.

Volvía por él.

—¿Cuánto?

—Por ser para usted 30 reales.

—Pues ahí van por ser para usted.

Andaba un día de mala gana. Al siguiente ya estaba parado. Iba á parar á otro relojero, enfilaba éste el catalejo y decía:

—Este reloj está sucio.

—Pues si le limpiaron anteaer,

—A pesar de eso, está sucio.

—Bueno, límpiele usted.

—Mañana estará.

Volvía yo.

—¿Cuánto?

—Por ser para usted 36 reales.

—¿Cuánta bondad! ¡Ahí van!

A los dos días vuelta á las andadas. Nuevo relojero, y dale con el anteojó y dale con "¡Está sucio!", y toma con "Por ser para usted dos duros."

Se rompió la cuerda dos veces.

Saltó la espiral diez ó doce.

Se rompió el cristal treinta ó cuarenta; parecía vidriera de casa de huéspedes.

Repito que si yo tuviera reunido el dinero que me he gastado en el reloj, y si hubiera llevado una estadística de gastos y utilidades, resultaría que cada vez que he necesitado saber la hora me ha costado dos ó tres pesetas.

¡Benditos tiempos éstos!

Si pongo atención, me anuncian por campana la hora que es cada quince minutos.

Si voy por la calle, encuentro á pares los relojes que me avisan la hora en que viro.

Si voy á limpiar las botas ó á tomar café ó á comer á la fonda, allí encuentro un gran reloj para mi uso, á mi servicio.

Si me retiro tarde, me dice el sereno la hora que es.

Si quiero levantarme temprano, el portero me anuncia la hora y me avisa.

Si estoy con amigos, no falta un sujeto atrasado que aún me reloj y me sirva como si yo le tuviera.

En fin, puesto que hasta el Neptuno que trae el agua á mi casa usa reloj, ¿para qué he de usarle yo?

Y me ahorro dinero y quebraderos de cabeza y dudas respecto de si mi reloj me engaña ó no me engaña.

¡Hemos adelantado mucho!

MANUEL MATOS.

CRIADILLAS

Entre los parroquianos que acuden al café de las Ventillas, estaban una vez tres sevillanos contando maravillas.

sobre algunas criadas notables por lo bajas de estatura, y decía uno de ellos con frescura: —Yo tengo, camaradas, una que por lo baja es asombrosa. Aun con ese defecto es cosa buena, porque es limpia y honrada y laboriosa; mas si quiere alcanzar cualquiera cosa de la tabla inferior de la alacena, tiene que encaramarse al fregadero, poner sobre él un banco, sobre el banco un puchero y encima del puchero su persona, que tiene la estatura de una mona. En fin, ¿qué más? mi esposa le ha cedido el cuerpo de un vestido que se había quedado hecho una facha; pues dos faldas y un traje le han salido del cuerpo á la muchacha, y aún le ha sobrado tela para hacer una túnica á su abuela. —Esa tiene el tamaño de un gigante (exclamó otro farsante) si se la pone al lado de Consuelo, la que sirve á mi amigo don Marcelo, pues es tan chiquitilla, que tiene que subirse en una silla para fregar el suelo. —¡Baja tiene que ser, sin duda alguna! (dijo el tercer guasón allí presente); mas no será tan baja como Bruna, la que en casa tenemos actualmente. Tan baja la admitimos, que aun sabiendo que está (porque le oímos el metal de la voz, y esto no es guasa), no podemos topár con la sirvienta desde el año setenta que la andamos buscando por la casa. Al galápago ayer le he preguntado si la había encontrado, pues por debajo de los muebles pasa; pero como es tan reservado el bicho, por más que le he pegado, no lo ha dicho.

Quedáronse en mi mente tan grabadas las exageraciones de aquellos trapalones sobre la pequeñez de las criadas, que cada vez que como criadillas, me acuerdo del café de las Vistillas.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

DICCIONARIO TEATRAL

(Apéndice al publicado en el núm. 419.)

Alabardero.—Un soldado de la empresa y del autor, cuyo aplauso causa horror al público que ha pagado.

Avisador.—Distinguido ordenanza teatral.

Es, por regla general, siempre un López de apellido.

Rolo.—Remuneración ó jornal que no es diario.

Les tiene todo empresario á los bolos aversión.

Debut.—Un instante lleno de inquietudes en la escena. No hay típle que esté serena en la noche de su estreno.

Dirección.—Cámara oscura con tres sillas y una mesa, donde se duerme la empresa cada tarde que hay lectura.

Embolado.—Una brevita que da el autor de la obra á un desdichado que cobrá dos pesetas y una grita.

Foso.—Lugar tenebroso que hay debajo del tablado. De aquello que no ha gustado decimos que se fué al foso.

Guante.—Chorro constante del sueldo del pobre artista. Es un eterno sablista.

que echa á la nómina el guante.

Moralla.—Una añadidura que á los graciosos toleras.

Entre ellas las hay perreras y las hay de Extremadura.

Nómina.—Distribución de los haberes diarios. Amarga hiel de empresarios: de artistas dulce turrón.

Prestamo.—Suma ó señal que el actor paga después. No se cobra el interés, ni, á veces, el capital.

Propiedad.—Derecho santo del desventurado autor, que se mira con horror y se paga con espanto.

Otra: La ley que condena mil abusos que verás, y lo que no ves jamás en el servicio de escena.

Protagonista.—El actor que más en la farsa juega. Papel que, pegue ó no pegue, se adjudica el director.

Quiébra.—Cuando antes del día señalado un teatro cesa. Siempre que quiebra la empresa, parten á la compañía.

Reventador.—Ser soñado por un autorcillo hnero.

Revisión. el público entero si la obra no le ha gustado.

Salvavidia.—Antro de penas en cuyos cuatro rincones se quitan reputaciones y se dan enhorabuena.

Tramoyistas.—Maquinistas que mueven los bastidores y aplastan á los señores que charlan con las coristas.

Vain.—Una localidad gratuita y de macho tono, que constituye el abono hoy de media humanidad.

JOSÉ JACKSON VEYAN.

PALIQUE

En mi artículo anterior decía que iba hoy á demostrar que á veces hay derecho y hasta obligación de engendrar el dolor.

Pues bien, dejando para otra ocasión mis filosofías, hoy me limito á probar mi tesis con un ejemplo.

El Sr. Cavestany se presenta en la corte con su acta de diputado, que no sé si está limpia ó sucia, y además con una composición de una cosa así como seguidillas que están sucias positivamente.

Si para Cavestany es un dolor que yo le diga y le demuestre que escribe que es un dolor, ¿no tengo yo obligación de causarle esta amargura?

Claro que sí.

Vamos allá: "En el álbum de Isabel Sánchez y Hoces."

Hasta ahora no hay ripios. Metamos la hoz más adelante. "La primera página..." Sea.

Aquí donde en enjambre
mil trovadores
á cantar tus hechizos
ven drán mañana.

En enjambre no irán, señor; ¿como han de ir así, en montón, á escribir en el álbum?

Mas ¿qué podrá decirte
mi lengua dura....

¿Tiene usted la lengua dura? ¿Comete usted algún tropo al decir eso? ¿Toma usted el todo por la parte, ó la parte por el todo? ¿O el rábano por las hojas?

que á tu santa inocencia
no cause agravios?

Pero, hombre, ¿tan mal hablado es usted que no sabe hablar con una inocente sin abrirle los ojos?... Por eso dirá usted lo de la lengua dura. Lo que tiene usted, por lo visto, es una guindilla por lengua.

.....
Para que ante tus pasos,

(¡Bonito verso!)

niña querida,
vierta dichas el mundo,
bienes el cielo,

(Total, dichas.)

flores la primavera.....

Para eso no se necesitan recomendaciones celestiales; para que vierta flores la primavera, basta con dejarla llegar en paz, y sin seguidillas.

¡Ay! las rosas no mueren
por la mañana,

¿Está usted seguro? Algunas morirán.

ni el día es nunca triste
cuando alborea.

Me parece que usted ha visto alborazar pocas veces....

Vive en esa ignorancia
mientras te dura.

¿Pues claro! ¿Qué ha de hacer? Mientras le dura vida y dulzura. No debía permitirse que un señor diputado, aunque sea de la mayoría, escriba impunemente esas tonterías: "Vive en la ignorancia mientras te dura la ignorancia."

.....
Los desengaños

que acechan en la sombra
nunca contentos.

¿Cómo habían de estar contentos.... ni descontentos los desengaños? Ese ripio es plaza montada.

Después, en un mar de confusiones y de seguidillas bobas le dice el poeta electo á la niña que procure que no pasen días por ella, y por último, queriendo cometer una hipérbole el vate parlamentario, termina diciendo:

donde arde el sol de fuego
de Andalucía.

En eso de ser de fuego el sol de Andalucía es como el de todas partes, Sr. Cavestany. ¿Si creerá Cavestany que el sol de Noruega es de sorbete de fresa?

Pero vamos á lo más grave.

Esto no puede pasar. Dice el autor de *El esclavo de su culpa*:

"Plegues las alas.."

Un autor dramático, un diputado ministerial á quien han llamado poeta Zorrilla, Campoamor, etc., etc., no debe decir esas cosas tan feas.

¡Plegues! De eso á *haliga* no hay más que un paso. También D.^a Emilia Pardo dijo *desandó* varias veces; pero eso era una equivocación. Esto es otra cosa; que Cavestany cree que plegar

LA LUVIA



—Pero ¿ha visto usted cómo ha bajado la seda de la India? ¡A dos pesetas los paraguas!
—Sí; pero las pesetas han subido mucho.



—No me vuelvo a poner impermeable, porque se ha hecho vulgar y es despreciable.



—Allá va su señora de usted.
—Ca, hombre! La he dejado ahora mismo en casa.
—Pues no me negará usted que se equivoca cualquiera, ¡porque como las medias son iguales!



—Todo sea por Dios y por la agricultura!



Fantasia morisca.



—¿Quién la tuviera en casa en una rinconera, para pasar el rato los días que lloviera!



—Lo peor es que con estos barro tiene una que remangarse, y como los hombres están á la que salta...



—¿Que llueve? Pues por mí... ¡como si cantara!



—Si sales limpio de casa, no te resbales ni en guasa.

es regular. Pues sepa usted que, según la gramática de Cánovas y otros señores á quien usted respetará, plegar pertenece á la primera clase de irregulares; y así como se dice aciertas, se dice pliegues, y esto lo ve usted confirmado en la página 99 de dicha gramática (edición de 1890) y otra vez en la 158.

Ahora que venga el Sr. Valera pidiéndome que meta en la lista de poetas enteros á poetas así, que han tenido tiempo para hacerse ricos y diputados, y no lo han tenido para aprender los verbos irregulares, ni siquiera los de la primera clase.

CLARÍN.

Á LA ELEGANTE MARQUESA DE ***

Quando se emborracha en público
le llaman el borrachini;
cuando se emborracha en casa,
qué gracioso está el señor!

Cantar popular.

¿Y me pregunta usted, bella marquesa,
qué debe usted hacer con su marido,
porque observa hace tiempo con sorpresa
que vuelve del *Veloz*... algo bebido?

Mucho lo siento, cariñosa amiga,
no poder dar consejos ni lecciones,
porque ¿qué quiere usted que yo le diga,
si no han de convencerla mis razones?

Sin embargo, y á fuer de indiferente,
pues si amo á Bacó ni aborrezco el vino,
procurando no más ser complaciente,
le diré con franqueza lo que opino.

No imite usted á Licurgo ni á Pentheo
ni pretenda como ellos, atrevida,
imponer su capricho y su desojo
prohibiendo á su esposo la bebida,
porque eso, aunque no sea un imposible,
casi nunca da buenos resultados,
y si no, mire usted el fin horrible
que tuvieron aquellos desgraciados.

Si ese vicio asqueroso y repugnante
se adquiere en el rincón de una taberna,
como no es el lugar muy elegante,
merece sólo maldición eterna;

mas que el esposo de una ilustre dama
se embriague en el *Veloz* ó en el Casino,
no es un defecto, como usted lo llama...
¡porque hay que ver la calidad del vino!

¿Es porque él goza con *champán*, sin duda,
de la *Vinda Cligot*, que es excelente?
¿Pues que goce, señora, con la *Vinda*,
que siempre vale más que el aguardiente!

¿Que se embriaga el marqués? ¿Pues que se embriague!
Que se achispe á diario si le prueba,
y si enferma por eso, que lo pague.
¡Con su pan se lo coma... y se lo beba!

Si su esposo vistiera blusa y faja,
lo mismo que si fuera un artesano,
y llevase escondida una navaja
casi siempre al alcance de la mano,
entonces, la verdad, comprendería
varias razones que en negar insistió.
¡Pero yendo de frac! ¿Qué tontería!
No es defecto, señora. ¡Está bien visto!

FIACRO YRÁYZOZ.

Á UNA.... CUALQUIER COSA

¿Me vas á contar tu historia?
Pues no te molestes, Pepa,
porque es fácil que la sepa
de memoria.

¿Tendrías mucho que ver
que oyéndotela contar
yo, que buscaba el placer,
cambara por llorar

sin querer,
con las mismas amarguras,
con iguales desventuras
y con los mismos quebrantos,
justos castigos del cielo,
que me han referido tantos
querubines... de tu pelo!

¡Quita, quita!
Finge, si puedes, amores
y no llores los rigores
de tu desgracia infinita,
que á mí, por mucho que llores,
no me conmueves, Pepita.
Cuanta tus penas, si quieres,
á esos serás

que admiten vuestros descuidos
y á esta clase de mujeres
llaman ángeles caídos.

Porque yo, aunque te parezco
compasivo por las trazas,
hija, no me compadezco
de llantos ni calabazas.

¿Que es un rigor excesivo?
¿Que sería compasivo
si te oyera! ¿Que te calles!

¡Otro cuento! ¿Para qué?
¿Te apuestas algo á que sé
casi todos los detalles?

Mira, verás: un traidor
que mintiendo puro amor
te sacó de tu morada

y te dejó abandonada
al cabo, que es lo peor.
¿No es eso? Pues otra cosa:

tu madre, por el dinero,
hizo ver á un caballero
que eras joven y graciosa,
y el hombre, que no era sordo,

ll, que eras una bendita.—

¿Tampoco es eso, Pepita?

¡Pues mira que eso ya es gorda!

Otra disculpa del mal:

tu padre en el hospital,

tú arrojada del taller,

sin asilo, sin comer,

sin un traje de percal,

la tentación permanente,

el hambre viva, el pan caro...

¿Ésta es tu novela! ¡Claro!

¿Como que es la más frecuente!

¿Y te has figurado, chica,

que gauda justificada

la que por eso claudica?

Pues estás equivocada.

¿Eso no lo justifica

ni la miseria, ni nada!

¿Que tú has creído que sí?

Pues tienes que confesar

que, de perdonarte á ti,

habría que perdonar

al que roba y al que mata

luchando por la existencia

y al que vende la conciencia

por un puñado de plata.

¿Que cómo ibas á salir

victoriosa sin apoyo?

¿Pues dejándote morir

en la mitad del arroyo,

que no es la primera vez

que de ese modo se mueren

los honrados que no quieren

sacrificar su honradez!

¿No es lo mismo? ¡Sí es lo mismo!

Y para salir triunfante

de la atracción de est abismo

no hace falta el heroísmo,

¡con la decencia es bastante!

SINESIO DELGADO.

LA MAREA SUBE

Y el nivel baja.

Todo ello en el orden moral, por supuesto.

Nadie me lo ha contado; yo lo he visto con mis propios ojos.

Y ustedes deben haberlo visto también, lo han visto, seguramente.

Porque se trata de un telegrama fechado en Olot y publicado por un diario de Madrid. La noticia es vieja; pero el problema que entraña ese despacho es y será siempre de actualidad.

Trátase de....

Pero vamos por partes, y no precipitemos los sucesos, como dicen los novelistas que menos tienen que contar.

Un general ruso—Seliverstoff—muere asesinado en París. Parece que la ocupación favorita de ese general había sido enviar hombres á la Siberia. Un nihilista *humanitario*—Padlewski—llevó á cabo el acto de *justicia* (que dicen ellos) de despachar para el otro barrio al que tantos había despachado para la Siberia.

Realízase el hecho (vulgo asesinato), alármase la policía, y un periodista francés, Mr. de Labruyere, realiza una verdadera comedia de magia: acompaña al asesino hasta más allá de la frontera de Francia, lo deja en salvo, regresa á París.... y no encuentra mejor entretenimiento que contar detalladamente su hazaña en un periódico, para tener el gusto de ingresar en la cárcel, como se verificó.

En tal estado las cosas y cuando todo el mundo creía que el asesino del general ruso debía encontrarse sano y salvo allá por las América del Norte, aparece en Olot un Padlewski que se deja prender con la mayor facilidad y que, arrogantemente, como si hubiera realizado la más noble proeza, se declara pomposamente autor del asesinato del general Seliverstoff.

Despiértase la curiosidad pública, nacen algunas dudas respecto á la identidad de la persona del presunto asesino, funciona el telégrafo, sudan las máquinas (ya no se puede decir sudan las prensas), y el público devora los periódicos buscando las emociones propias del caso.

Las noticias relativas á crímenes célebres y á famosos criminales tienen el triste privilegio de apasionar á la multitud.

Buscando yo, como cada hijo de vecino, esas emociones *criminalistas* (si puedo expresarme así), he tropezado con el telegrama de que hablo al principio y cuya *finalidad* motiva estas líneas.

Está fechado en Olot y contiene, entre otros, un parrafito de lo más *fin de siglo* que puede darse. (Ya saben ustedes que lo de *fin de siglo* se aplica ahora á todo, venga ó no venga á cuento.)

Hé aquí el elocuente parrafito:

«Todo el vecindario de esta población ha simpatizado de tal modo con el detenido, que anteaayer fué visitado por más de dos mil personas, quienes se ofrecieron en todo al presunto asesino...»

Ensanchan el alma y abren el apetito esos sentimientos ampliamente fraternales del aludido vecindario, «simpatizando con el preso y ofreciéndose en todo al presunto asesino...»

Este vecindario se habrá dicho á sí propio:

—Una desgracia le pasa á cualquiera, y así como lo cortés no quita lo valiente, lo asesino no quita lo honrado.

Y que aquellos vecinos creyeron en la honradez del falso Padlewski (asesino según su propia confesión) es indiscutible, aunque no sea más que por aquello de «á confesión de parte...»

¿Dónde estaría, en caso contrario, el nivel moral de los que visitaron al presunto reo?

¿Cuán cierta y cuán aplicable es al caso presente aquella sublimada vulgaridad contenida en los siguientes conocidísimos versos!

«Todo es según el color
del cristal con que se mira.»

¿Qué clase de cristal usarían en aquella ocasión los *figuatripi* dos vecinos mencionados por el corresponsal?

—¿Qué modo de subir la marea!...

Dilema:

O el preso era un asesino, ó no lo era.

En el primer caso, el asesinato no era un crimen (pues que ha-

ha más de dos mil personas, que hay que suponer honradas, que simpatizaban con el asesino, suponiendo, piadosamente, que aquel vecindario tiene exacta noción del espíritu de justicia.

Si no era un asesino, era un falsario (como resultó luego).

Pero la falsedad tampoco debe de ser cosa vituperable para los que simpatizaron con el detenido y se le ofrecieron incondicionalmente.

¿Quién negará, á la vista de tales ejemplos, que la humanidad se perfecciona... por lo menos en el camino de la tolerancia?... No es ese el primer paso... ni creo que sea el último.

Recuerdo haber leído en un diario noticiero de gran circulación un suelto-convocatoria que decía, sobre poco más ó menos: "Los matuteros se reúnen mañana en tal sitio, á tal hora, para tratar asuntos de interés..."

En otros tiempos eso hubiera sido un aviso á la policía.

En los tiempos que gozamos, por nuestra ventura, es, felizmente, un aviso á los interesados... para el mejor éxito de la reunión.

La reunión aquella tuvo por objeto el protestar de que se les aplicara el Código penal, cuando ellos entendían que debían ser juzgados por la Administración económica... por ser faltas, y no delitos, las que cometían al ejercer su honrada profesión.

Esto de que los delinquentes elijan las leyes á que han de ser sometidos puede ser también un progreso de estos tiempos singularísimos.

Prescindiendo de toda otra consideración, la cosa tiene muchísima gracia.

Al paso que vamos, no pierdo la esperanza de leer en un periódico:

"El simpático y distinguido ladrón Fulano de Tal ha salido para sus posesiones de Malasaña, con objeto de descansar de sus improbas tareas y reponer su quebrantada salud. Esperamos que las autoridades del tránsito le reciban dignamente..."

O bien este otro sueltico:

"El ilustre y eminente asesino Perengano de Cual, sintiéndose viejo, cansado y aun desengañado del mundo, ha resuelto retirarse á la vida privada. Deja un gran vacío en la criminalidad. Las simpatías de sus muchos admiradores le seguirán hasta la tranquila soledad de su retiro..."

Cuando lleguen esos tiempos (que llegarán), se habrá resuelto el problema generoso de la fraternidad universal.

Por lo pronto, ya hay médicos (en gran número) que sostienen á capa y espada (por no, decir *bisturí*) que un criminal es un enfermo.

Y vamos á ver: ¿qué hace usted con un pobrecito enfermo cuya dolencia se desarrolla asesinando á su prójimo? Compadecerle, cuidarle (para que siga *practicando*)... y simpatizar con él.

Que fué precisamente lo que hizo el vecindario de mi cuento al simpatizar con un presunto asesino, ofreciéndosele incondicionalmente.

El sujeto en cuestión tenía que ser asesino, falsario ó loco.

Loco me parece que fué lo que resultó.

Y como un loco hace ciento...

Aunque, según el telegrama, ese loco hizo más de dos mil.

Que ya es hacer.

FRANCISCO FLORES GARCÍA.



Leamos, pues:

"Ha sido aprobado el proyecto de reforma del pavimento de la Glorieta de Bilbao, según el cual se quitará el terreno que ocupan los árboles... (¿se quitará y cómo se quita el terreno?)... empotrando el centro (el centro ¿de qué? Del terreno no será, porque se ha quitado)... y se colocarán aceras y dos filas de árboles alrededor."

Vamos, sí.

Pero lo mejor hubiera sido redactar la noticia de esta manera:

"Se ha aprobado el proyecto de reforma de la Glorieta de Bilbao, el cual consiste... en echarla á perder."

El duque de Vistabuena,
el vizconde de Altamira
y el marqués de Vistazana...
¡están malos de la vista!

JACINTO CORREA.

Se han suspendido en el hospital los ensayos del tratamiento de la tuberculosis con la linfa Koch, en vista del mal resultado obtenido.

Resulta, pues, que tenía razón el Dr. Garrido, que fué el primero en anunciar el fiasco, dando, de paso, un bombó á su farmacia.

¿Cómo has ido á confesarte
y el señor cura te ha absuelto?
Ehm decía yo: ¿Qué mando!
¿Qué mujeres! ¡Y qué diero!

Hay quien no cesa de preguntarte:
—¿Qué habrá pasado,
que el cura tuvo que confesarse
después de haberte tú confesado?

J. LAMBERT.

En Francia han tratado de suprimir las carreras de caballos. Pero los que jugaban á... á eso, han armado tal tremolina que los señores diputados andan ahora buscando la manera de contradecirse y de encontrar un texto legal que tolere las apuestas.

Parece que al fin darán con él, haciendo que las Sociedades de carreras paguen en dinero el importe de la tolerancia.

¡El espectáculo no puede ser más edificante!

Sobre todo para darle á la fax del mundo.

Para eso no hay más texto legal que el de los barberos.

U me dais la metà de lo que ganéis, si no no pagáis. ¡Y aquí tengo la navajita!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sempiterno.—No mando usted la firma; mándela usted al Uruguay, que es donde puede ser interesante eso.

Sr. D. A. R.—Madrid.—De ochan versos, dos cojos... ¡Son muchos cojos!

Chismo.—Empecemos:

«Llevado de su afición incorregible...»

¡Caramba! ¡Once sílabas que parecen trece! No podemos seguir. ¡Ah! Este señor dice lo siguiente: «Previéndole á usted que no consentiré que abuse usted como acostumbra, según mis noticias, negando su publicación para utilizarla con firma de alguno de sus amigos.»

Lo cual me parece que no necesita comentarios. ¡Porque pinta un carácter!

Camisón.—Allá va:

«Te digo que no me chillas

porque de oírte da *esgrima*...»

¡Anda, salero!

Sr. D. H. de P. L.—Sevilla.—Está bien, pero no parece original, ¡que demonio! y *ainda mais*, aunque lo fuera, no encajaría en el periódico.

Luisito.—¡Qué moná!

K. novos.—¡Valiente título! La gracia de los puntos y las comas es del siglo pasado.

Rodafat.—Es de una inocencia encantadora.

Sr. D. J. C.—Zaragoza.—Diga las señas de su casa y se lo mandaremos.

Sr. D. C. O.—Autol.—Verdecicos como pimientos... verdicos.

Sr. D. M. T.—Toledo.—¡No! ¡Charaditas no! ¡Aunque sean muy extravagantes! Que luego nos abrasan á cartas los que las aciertan.

K. sinira.—¡Santa María de la Cabeza! ¡Qué malo es eso!

Paco Paco.—Bueno, pero ¿qué sería de nosotros si *hergullosa* se escribiera con *h*?

Sr. D. G. A.—¡Vaya, que copiar una composición publicada aquí mismito y mandármela luego es el colmo de la candidez!

Sr. D. C. S. de T.—Versifica usted bien. Es una lástima que dé tanta amplitud á los asuntos pequeños, porque las composiciones resultan pesadas.

Sr. D. J. V.—Madrid.—En los romances no se puede aconsejar los versos que han de ser libres. Y el de usted tiene ese defecto.

Tres calb.—Pero ¡caramba! ¡si los versos de los sonetos tienen que ser endecasílabos forzosamente!

Pilegru.—Si usted mismo reconoce que es mala, ¿por qué quiere usted que aliente á la juventud por el mal camino? Enjague, pues, las lágrimas y tranquilícese.

Teopompo.—Cuando el diablo no tiene que hacer... se entretiene en decirle á usted que gaste quince céntimos indistintamente.

Sr. D. M. H.—Madrid.—Son medianas las dos y con graves defectos de forma.

Kun Kun.—Copiaré uno. ¡Protejamos á la juventud!

«Alegras los pajarillos

están en la enramada,

y sus padres, los pobrecillos,

no saben nada.»

¡Eal! Ya está la juventud protegida.

Sr. D. D. C.—Madrid.—Lo siento; no podemos admitir artículos, ¡porque hay tantos!

Sr. D. G. A. G.—Madrid.—«Allábase el señor medio dormido... y el verbo hallar también dormía... y le quitó usted una á aprovechando el sueño.

Servicio y servicio.—¡Quéto sienta no ser galante! Pero no se puede serlo con las señoras que hacen versos malos.

Modesta.—¡Jesús y su mamá!

Tampoco servirá.

Fileno.—Ese soneto no debe ser de usted, porque quien hace esos versos no escribe con una ortografía tan infame.

Sr. D. J. C.—Tampoco eso es de usted. A la vista salta.

Pimpla.—¡Cál! Usted no debía guardar cerdos. ¡Usted debía ser cerdo mismamente!

¡CLARO!



—Figúrese usted que le asalta un ratero y quiere meterle á usted la navaja por la boca del estómago. ¿Qué haría usted?
—Cerrar la boca.

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 13 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primera izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINEGIO DELBADO

DISUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los librerías y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos

—dirigidos, á vuelta de correo.